

Pedro Castro

•

ÁLVARO OBREGÓN

FUEGO Y CENIZAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

EDICIONES  ERA



Índice

•

Prefacio, 9

1. El amanecer del caudillo, 19
2. La antesala del poder, 59
3. La hegemonía sonoreense, 95
4. Los partidos políticos y los movimientos de masas, 131
5. Obregón entre la cultura y la memoria, 169
6. Obregón y los convenios de Nueva York y Bucareli, 205
7. Fin del Triunvirato, 237
8. Obregón enfrenta una rebeldía armada, 273
9. Obregón entre la agricultura y la política, 307
10. El ocaso del caudillo, 347
11. Muerte en La Bombilla y después, 381

Fuentes, 423

Índice onomástico, 445

• Prefacio •

He aquí la biografía de un ciudadano común a quien circunstancias turbulentas colocaron en el sitio de los grandes caudillos de México. Y también la historia del sistema político en un momento crucial de su historia, de los ciclos de destrucción y reconstrucción, y de sus hombres. Surgidos de las crisis que pusieron en peligro más de una vez la existencia de la nación, individuos y acontecimientos se asemejan de manera asombrosa en distintos momentos de la vida de México. Los paralelos entre la Revolución de 1910 y la Independencia de 1810 —estamos usando fechas al fin convencionales— son evidentes: se inician y culminan con un siglo de distancia. En su origen, ambos acontecimientos fueron el resultado de un liberalismo prendido de elementos democráticos y populares, desplazados luego por la lucha armada y sepultados al final por autocracias militares. La Independencia culminó con el encumbramiento de los criollos provincianos Agustín de Iturbide y, a su tiempo, de Antonio López de Santa Anna, y la Revolución mexicana con el de los criollos provincianos Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Ellos serían el principio de gobiernos de militares y, con notables excepciones, pasarían varias décadas antes de la llegada de los civiles a gobernar el país: Benito Juárez y Miguel Alemán, respectivamente. En aquel siglo XIX, Sebastián Lerdo de Tejada sería desplazado por el general Porfirio Díaz, a su vez echado del poder por una revolución encabezada por Francisco I. Madero. En resumen, la constante histórica del país en esos dos siglos fue la del ciclo que se inicia con una rebelión y concluye en una autocracia, en el que mediaron luchas intestinas y golpes de Estado, antes de llegar, digámoslo así, a un punto de equilibrio.

Hijo menor de una numerosa familia sin fortuna, y huérfano para mayor desdicha, Obregón viviría uno de los ascensos políticos y militares

más asombrosos de la historia de México, como los de López de Santa Anna y Díaz, con quienes en tiempos distintos compartiría su destino, menos en un aspecto: perdió la vida a manos de un terrorista, mientras los otros dos murieron ancianos en sus camas, uno en el olvido, otro en el exilio. Viudo a los treinta años, con varios hijos, don Álvaro no se movió de sus negocios y de su hogar cuando estalló la Revolución de 1910. Ajeno a este movimiento inicial, al “primer revolucionario de México” le pesaría como un baldón a la hora de la victoria haber sido prácticamente el único jefe militar y político carente de ligas con Madero, a quien si acaso vio de lejos.

A Obregón le desagradaron los alborotadores maderistas por ser una amenaza para sus negocios. Llevaba el apellido Salido, de grandes propietarios de tierras, prefectos políticos y algún antepasado a quien Benito Juárez expropió sus bienes por colaborar con los imperialistas. Calculador y pragmático, menguó sus afectos familiares cuando vio en ruinas el viejo orden, y cuando parientes y amigos no dejaron pasar la oportunidad de ocupar los puestos y bienes de los emigrados. De su sentido práctico de rancharo brotó un instinto profundo e insospechado: el político. En cuanto pudo se unió al bando de los vencedores y, una vez de ese lado, se dispuso a recuperar el tiempo perdido, porque un país preso de revueltas, sin un gobierno efectivo, le ofrecía las oportunidades del pescador en río revuelto.

La rebelión de Pascual Orozco le dio la ocasión esperada. Sacando por delante sus dotes de líder y organizador, pronto formó un desastrado batallón de irregulares, núcleo de un ejército creciente fraguado al calor de los éxitos militares del antiguo agricultor, inventor y ayudante de tornero. Una vez encaminado en esa dirección, fue el cuartelazo del general Victoriano Huerta el que le dio una nueva oportunidad. El gobernador de Sonora José María Maytorena encontró en Obregón al jefe que debía poner al frente de las tropas rebeldes del estado. Pero no se dio cuenta a tiempo de que labraba su desgracia, porque su elegido no tardó en intrigar en su contra.

Aunque recién llegado, este revolucionario advenedizo fue el más audaz de todos, el que corrió más rápido. Poseía una inteligencia sobresaliente y una capacidad para advertir, a golpe de mirada, las envidias, los celos, las mentiras, las traiciones. Oriundo de un pueblo ignoto, actuó como hombre de mundo dueño de un arsenal de recursos psicológicos para manipular las miserias morales ajenas. Era un individuo de superlativos, imperativo, de fino cálculo en sus movi-

mientos políticos y militares, generoso con sus amigos y terrible con sus enemigos.

¿Por qué y cómo una persona de orígenes tan insignificantes llegó a ser el triunfador y un dictador a lo largo de diez años?; ¿qué lo convirtió en general invicto de tantas batallas?; ¿dónde está la parte del talento del individuo y dónde el capricho de las circunstancias? Imposible responder a estas preguntas, porque el azar, ese dios caprichoso, hace la diferencia entre el éxito y el fracaso, y Obregón parecía tener un pacto con él. Tuvo la suerte de enfrentarse a gente de menores recursos o, dicho con sus palabras, cometió menos errores que sus antagonistas, y sacó más provecho de ellos. Como militar era más bien conservador: acumulaba elementos favorables y buscaba el terreno más propicio para pelear, el sitio en que al enemigo le quedaran por fuerza las posiciones desventajosas; concentraba a sus soldados en un punto de ataque cercano a sus fuentes de aprovisionamiento, y esperaba el tiempo que fuera necesario hasta que el otro se mostrara dispuesto a dar batalla. Tomaba siempre la ofensiva con métodos defensivos, signo evidente de su astucia militar. Sus principios en este campo fueron los mismos que utilizó en la política. Según convenía, hacía la guerra al estilo moderno o a la manera de los yaquis, que sabían combatir cuerpo a cuerpo o atacar desde trincheras individuales conocidas como “loberas”. Para sentirse más seguro frente a la incertidumbre de la guerra, Obregón recurría a la superstición, a sus fetiches o al número trece. Era dueño de fórmulas que usaba tanto en la batalla como en la política: “nunca hagas lo que el enemigo quiere o piensa que harás”, y apotegmas por el estilo.

Ya como el militar sonorenses más destacado, pretendió desprenderse de su segunda piel, la nacida con la Revolución. Sorprendió al Primer Jefe Carranza cuando le pidió que a los militares les fuera vedado ser funcionarios del gobierno a la hora del triunfo. En su momento, un asombrado Martín Luis Guzmán diría: “yo me figuraba asistir a un suceso insólito, a la elaboración de un caudillo, capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas”.¹ Pero el gran escritor se equivocó, como tantos otros: ningún caudillo triunfante renuncia a su naturaleza, que es la de dominar sin límites a los demás.

¹ Martín Luis Guzmán, “Álvaro Obregón”, *Caudillos y otros extremos*, prólogo, selección y notas de Fernando Curiel, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 69.

Su pragmatismo le hizo considerar a las ideologías y proyectos de cambio social como “pura literatura, versos en prosa”. Le fueron tan indiferentes el capitalismo y el anarquismo como el comunismo, y metió en el saco de “socialismo” todo lo que le convino, para bien o para mal. Como Napoleón, se reservaba el derecho de reírse mañana de las ideas de la víspera. Improvisado como militar, también lo fue como orador e ideólogo *sui generis*. Se adaptaba a los dictados de sus auditorios, a los que dominó obedeciéndoles, y recargaba su lenguaje de imágenes y frases sobre la trascendencia de la lucha armada y el destino luminoso del país.

Aprendió cuanto pudo sobre el arte de la política y el gobierno, y lo hizo bien, ante el reto de conducir un país de tal tamaño y complejidad. Respetó a los hombres de la cultura y la inteligencia, y los sedujo con su carisma. Invitó a José Vasconcelos a construir con él un sistema educativo y cultural para un México atrasado por siglos y devastado por una larga guerra civil. Desconfió de los ideólogos, pero se atrajo a Soto y Gama, consejero de Emiliano Zapata, y lo hizo su camarada en la causa agraria. Colmó de honores a la Premio Nobel de Literatura, la chilena Gabriela Mistral, y al ingenioso Ramón María del Valle-Inclán, prestos a retribuir con sus ilustres plumas a tan generoso anfitrión. Sus intentos no le bastaron para ser, ni medianamente, un hombre de cultura, lo que se reflejó en sus discursos, de un léxico rebotante de adjetivos. Escribió poemas y reflexiones, dignos del olvido, sobre el mundo de su tiempo y un libro en el que relató su vida militar, titulado *Ocho mil kilómetros en campaña* y publicado en 1917. Afecto a los “manifiestos”, una suerte de declaraciones políticas destinadas a convocar a sus partidarios para tal o cual causa, se adornaba con un dramatismo exagerado, como cuando decía: “Ha llegado la hora [...]. *La Historia retrocede espantada de ver que tendrá que consignar en sus páginas ese derroche de monstruosidad* –la monstruosidad de Huerta”.² A este hombre práctico y concreto sus lances intelectuales a menudo le dejaban mal parado, pero tenía a su favor la impunidad otorgada por su inmenso poder. Fue campechano, dicharachero, pero también arrogante y vanidoso, aun cuando salpicaba sus blasonadas con frases de este jaez: “con sacrificio de mi modestia...”

En vida y después de ella recibió los más variados calificativos, luces y sombras en los espacios de su compleja personalidad. Encandilaba a quien fuera con su prodigiosa memoria. Fluían de él conversaciones

² Ibid., pp. 70-71.

interminables, salpicadas de picardías, chistes y anécdotas. Captaba situaciones a simple golpe de vista; era apasionado y tomaba posiciones con una rapidez asombrosa, si bien tenía la capacidad de administrar sus reacciones y tomar las cosas con aplomo si así convenía. Escritores serviles contribuían a la desmesura del amor que Obregón sentía por sí mismo. En su libro *Obregón, presidente de México*, el doctor Emile J. Dillon afirmó que el gobernante mexicano era el hombre de Estado más inteligente que vivía sobre la tierra. Y a su muerte, dijo de él que era “uno de los más grandes hombres entre los grandes hombres de todos los tiempos”.³ Ni más ni menos.

Vicente Blasco Ibáñez captó aspectos de Obregón pronto conocidos por sus lectores: “un hombre que procura asombrar al que le escucha: unas veces con explosiones de orgullo, otras con empequeñecimientos de una humildad inesperada. Lo que importa es decir siempre lo que no esperen los demás...” Al peninsular le resultó muy ameno “escuchar horas y horas su facundia animada, pintoresca y alegre”, y le reconoció que tenía “una palabra invencible [...] me repliego ante él, derrotado como un Villa, y me limito a escucharle...” Una declaración así, proveniente de un español de sus dimensiones, no es cualquier cosa. A bocajarro Obregón le preguntó a Blasco Ibáñez si no había escuchado que era “algo ladrón”, a lo que su desconcertado interlocutor no atinó a darle una réplica aceptable. “Sí”, insiste; “se lo habrán dicho indudablemente. Aquí todos somos un poco ladrones.” Blasco Ibáñez así interpelado y conservando las formas, le dijo: “-¡Oh, general! ¿Quién puede hacer caso de las murmuraciones? [...] Puras calumnias”. Obregón no se permitió entonces perder el ritmo de la ocurrencia cuya marcha sólo debía detenerse en su clímax: “-Pero yo no tengo más que una mano, mientras que mis adversarios tienen dos. Por esto la gente me quiere a mí, porque no puedo robar tanto como los otros”. A este chiste sobre su mutilada anatomía siguió otro y después otro, celebrados por la risa estridente de sus circundantes.

Pero no todo le causó gracia a Blasco Ibáñez, quien resultó implacable con el “Caudillo de México”. Para él, en *Ocho mil kilómetros en campaña* “seguía una costumbre de todos los guerreros ilustres, victoriosos y célebres, a partir de Julio César. ¿Por qué había de privarse el antiguo corredor de garbanzos de escribir también sus *Comentarios*?” El espa-

³ “Mis encuentros con Álvaro Obregón”, *Crisol*, revista de crítica publicada desde enero de 1925 por Emile J. Dillon, ASG.